

que habia penetrado el espíritu de la revolucion, y que hacia gala de ser ingrata é infiel. Allí como en otras regiones mas elevadas, se llamaba virtud á la delacion, y á la traicion patriotismo. El rey no podia contar dentro del recinto del palacio de sus padres, con otros corazones que los de las personas de su familia, y los de algunos leales cortesanos del infortunio, cuyas mas insignificantes acciones llegaban á oídos de Mr. de La Fayette inmediatamente. Este general habia espulsado de palacio, cubriéndolos de insultos, á una porcion de caballeros que se habian presentado en él á ofrecer sus vidas en defensa del soberano, el día del alboroto de Vicennes. El rey vió con las lágrimas en los ojos, á estos amigos fieles, arrojados vergonzosamente de la real cámara y entregados por su *protector oficial*, al escarnio y á los insultos del populacho. Por lo que acaba de decirse se vé, que la familia real no podia contar con las gentes de su servidumbre para que favoreciesen su evasion.

## IX.

El conde de Fersen fué el principal y casi único agente de esta arriesgada empresa. Jóven, de buena presencia, y adicto al monarca, habia sido admitido en tiempos mas felices á las disipaciones de Tiranon y es fama, que un culto caballeresco, al cual, solo por respeto no puede dársele el nombre de amor, le habia unido á Maria Antonieta. Este culto tributado á la beldad, cuando se hallaba en el apogeo de la dicha, se habia convertido en el ánimo del caballero sueco, en una especie de entusiasmo religioso en los días de tribulacion, capaz de hacerle perder cien vidas en defensa de la reina, si cien vidas hubiese tenido.

La reina estaba dotada de una perspicacia particular

para no equivocarse jamás en la eleccion de amigos fieles, capaces de llevar á cabo cualquier negocio por árduo que fuese; así es, que para el que ahora la ocupaba, y en el que nada menos se interesaba que su propia salvacion, unida á la de su marido é hijos, no vaciló un momento en escoger al conde de Fersen. Este caballero en cuanto recibió aviso de la reina, salió de Stokolmo y llegó á Paris; se puso de acuerdo con el rey, y se encargó de mandar construir el carruage que debía estar preparado en Bondy cuando llegasen los augustos viajeros. Su calidad de estrangero le permitia obrar con desahogo, y supo manejarse con tanta habilidad, que no pudo traslucirse ninguno de sus pasos. Buscó tres ex-guardias de corps, personas de toda la confianza del rey, puso en su conocimiento lo que estaba ejecutando, y les enteró del papel que les tocaba desempeñar, segun las órdenes de S. M.; consistia este, en disfrazarse en traje de criados, y subir á los pescantes de los coches para proteger á la familia real, en los lances que pudieran ocurrir en el camino. Llamábanse aquellos caballeros, Valory, Moustier, y Maldan, nombres oscuros ó conocidos cuando mas en sus provincias pero que se han hecho dignos de pasar á la posteridad, por su fidelidad y por la abnegacion sublime con que se ofrecieron á perecer sacrificados por el pueblo, pues no ignoraban al comprometerse la suerte que les aguardaba si el rey era descubierto.

## X.

Mucho tiempo hacia que la reina no pensaba en otra cosa que en su fuga; idea halagüeña que la hizo ocuparse de una porcion de cosas para cuando se viese libre. Entre otras habia encargado á una de sus damas, desde el mes de marzo anterior, que mandase hacer en Bruselas un

ajuar completo para madama Real, y algunos trages para el delfin. Tambien habia enviado su elegante y riquísimo estuche de viage á su hermana Cristina, gobernadora de los Países Bajos, fingiendo regalárselo, y los brillantes y demas alhajas de su uso estaban en poder de Leonardo, su peluquero, que salió de Paris antes que ella, acompañando al duque de Choiseul.

Estos preparativos de una fuga premeditada, no se habian ocultado completamente á la páfida vigilancia de una de las mozas de retrete de la reina, que habia observado los cuchicheos de aquellos dias, y sorprendido alguno que otro signo de inteligencia entre las personas reales y las pocas que les eran adictas. Tampoco se la habia pasado por alto que habia muchas carteras vacias sobre las mesas, y que faltaban de sus estuches casi todos los aderezos de mas valor. Inmediatamente dió parte de lo que habia notado á un ayudante de Mr. de La Fayette, llamado Mr. Gouvion, con quien esta muger perversa mantenía relaciones criminales el cual puso en conocimiento de su general, y de la municipalidad de Paris, lo que estaba pasando.

Sucedíanse estas delaciones con tanta frecuencia, y habian salido falsas tantas veces, que ya no se las daba crédito, y casi se tenia por visionario al que las hacia. Esta vez no sucedió así, porque se aumentaron las precauciones en todo palacio. Mr. de Gouvion bajo mil especiosos pretestos, hizo que se quedasen en él una porcion de oficiales de la guardia nacional, á los cuales puso de acecho en todas las salidas, en tanto que él acompañado de cinco comandantes de la misma, observaba las puertas de la habitacion donde habia vivido el duque de Villeguier, porque le habian dicho, y era cierto, que la reina se comunicaba por un corredor secreto con aquel cuarto, y que una vez en él, era muy fácil escaparse sin ser sentidos. Todo esto se hacia tanto mas creíble, cuanto que nadie ignoraba que Luis XVI era

un hábil cerrajero, y que estaba por consiguiente en disposición de construir cuantas llaves falsas se le antojase.

Estos rumores habian llegado hasta los clubs, transmitidos por los guardias nacionales, y todos los patriotas se habian convertido aquella noche en otros tantos carceleros del rey. Causa admiracion leer en el periódico del 20 de junio, redactado por Camilo Desmoulins, las siguientes palabras: «La noche estaba serena y todo Paris en la mayor tranquilidad. A las once salia yo del club, y me dirigia á mi casa acompañado de otros patriotas sin que hallásemos en todo el camino una sola patrulla. Parecióme esta calma tan siniestra, que no pude menos de manifestárselo á mis compañeros, y entonces Freron, que era uno de ellos, se acordó de un billete que le habian dado, en el cual se le advertia que el rey debia escaparse aquella noche. Inmediatamente se dirigió á palacio á observar lo que pasaba, y no vió mas que á Mr. de La Fayette que entró allí poco despues de las once.»

Mas adelante refiere las inquietudes instintivas del pueblo en aquella noche, en estos términos: «La noche que se fugó la familia de Capeto, *Busebi*, peluquero de la calle de Borbon, fué á verse con un panadero llamado *Hucher* que era gastador del batallon de los teatinos, al cual comunicó la inquietud en que se hallaba porque acababan de decirle, que el rey iba á escaparse aquella noche. Estos dos hombres fueron entonces á despertar á otros amigos y vecinos suyos, y en número de treinta se dirigieron á casa de Mr. de La Fayette á intimarle que sin pérdida de tiempo, tomase las disposiciones convenientes á impedir la fuga. Mr. de La Fayette se echó á reir de ellos en sus barbas y les encargó que se fuesen á acostar tranquilos. Desconcertados con esta salida del general y temerosos de ser arrestados si daban con alguna patrulla al regresar á sus casas, le pidieron el santo, y él no tuvo inconveniente en dárselo. Con este salvo

conducto se trasladaron á las Tullerías, donde no vieron cosa digna de llamar la atención, á no ser el gran número de coches de alquiler que habia en aquel sitio. Para asegurarse mas de que nada habia que temer, dieron la vuelta á una gran parte de palacio; pero nada notaron que pudiera infundirles sospecha, hasta que al regreso vieron que no habia en la plaza ni un solo coche. Entonces se retiraron á sus casas desesperados y convencidos de que en algunos de aquellos carruages se habia escapado la familia que tanto odiaban.»

Se ve por esta agitacion sorda del espíritu público y por el rigor con que se guardaba al rey, cuán difícil era la evasion de tantas personas juntas; pero sea que hubiese algunos guardias nacionales en el secreto, entre los mismos que estaban vigilando al rey, sea que el conde de Fersen hubiese tomado muy bien sus medidas, ó sea finalmente que la Providencia quisiese conceder aun un rayo de esperanza á los que iba á colmar tan pronto de infortunios, ello es, que burlaron la vigilancia de sus guardianes, y que la revolucion dejó escapar su presa por un momento.

## XI.

Nada variaron el rey y la reina aquella noche, de lo que solian hacer las demas. Admitieron á todas las personas que acostumbraban hacerles la corte á la hora de acostarse y despacharon la servidumbre á la hora acostumbrada. En cuanto se quedaron solos, se pusieron los trages sencillos que habian de llevar en el viage, adecuados al papel que les tocaba representar. Hecha esta operacion se les reunieron madama Isabel y los niños, en el cuarto de la reina, de donde pasaron por una comunicacion secreta al del duque de Villeguier y de allí

salieron de palacio separados por no llamar la atención de los centinelas. El movimiento de carruages que se retiraban de palacio llevando las personas que habian ido á hacer la corte al rey, que fué mayor aquella noche, merced á Mr. de Fersen permitió á los prófugos llegar sin contratiempo á la plaza del Carroussel.

Daba el brazo á la reina un guardia de corps, y S. M. llevaba de la mano á madama Real: al atravesar la plaza se encontraron con Mr. de La Fayette acompañado de dos oficiales de estado mayor que se dirigia á las Tullerías, á examinar por sí mismo si se cumplian las órdenes que habia dado para evitar la fuga del rey. Maria Antonieta no pudo menos de estremecerse al verle; pero al huir de su presencia creia no tener nada que temer del resto de la nacion, porque veia personificadas en un solo hombre, la insurreccion y la perfidia, y una sonrisa satisfactoria se asomó á sus labios, al pensar lo burlado que quedaria, cuando al dia siguiente no pudiese dar razon al pueblo, de cómo se le habian escapado los que con tanto rigor guardaba.

Madama Isabel seguia á corta distancia, apoyada en el brazo de otro guardia, y detrás de todos por haberlo querido así, iba el rey llevando de la mano al delfin que á la sazón tenia siete años. El conde de Fersen, vestido de cochero, iba delante del rey sirviéndole de guia, y el punto de reunion de estos tres pequeños grupos, era en uno de los extremos de la calle de la Escala, entre la de San Honorato y las Tullerías, en cuyo sitio les aguardaban dos coches. Las damas de la reina, y la marquesa de Tourzel estaban esperando allí hacia mucho tiempo.

Preocupados la reina y su guia, por la inminencia del peligro, se extraviaron despues de haber pasado el Puente Real y anduvieron errantes por las inmediaciones de la calle del Bac, hasta que reconocido su error, retrocedieron llenos de sobresalto. El rey y su hijo, obligados á pasar otro puente y á atravesar un sin fin de calles, tar-

daron mas de media hora en llegar al sitio de la cita; tiempo, que se les hizo un siglo á la reina y demas personas que les aguardaban. Llegaron por fin sin tropiezo y subieron precipitadamente en el primer coche. El conde de Fersen se colocó en el pescante y condujo á la familia real, hasta el otro lado de la barrera del puente de San Martin. Allí encontraron la berlina de que ya hemos hablado, tirada por cuatro caballos de Mr. de Fersen y conducida por su cochero en traje de postillon. Subieron á ella el rey, la reina, madama Real, madama Isabel y la marquesa de Tourzel; dos guardias disfrazados ocuparon, el uno el pescante y el otro la trasera. Al lado del primero se sentó el conde de Fersen que llegó hasta Bondy, en donde habia preparados caballos de refuerzo.

Allí besó la mano á los reyes y dejándolos en manos de la Providencia regresó á París de donde salió aquella misma noche, por otro camino distinto, en direccion á Bruselas, para desde allí ir á reunirse con la familia real. En el mismo momento y para el mismo punto partía del palacio de Luxemburgo el conde de Provenza hermano del rey, que llegó á su destino sin el menor contratiempo.

## XII.

Rodaban los carruages del rey por el camino de Chalons, y en cada parada habia ocho caballos prevenidos para relevar los tiros. Este número considerable de caballos, unido á la construccion y tamaño particular de la berlina, el notable contraste que se notaba entre las nobles fisonomías de los guardias de corps, y la librea con que iban disfrazados, y el tipo de la familia de los Borbones, tan marcado en el rostro de Luis XVI, que echado en el fondo del carruage representaba muy mal el papel de ayuda de cámara que habia escogido, todo

esto era mas que suficiente para escitar sospechas y comprometer á toda la familia real. El pasaporte del ministro de Negocios estrangeros que llevaban, respondia sin embargo de todo. Hallábase redactado en estos términos: «En nombre del rey: Permitase pasar á la señora baronesa de Korf, que con sus dos hijos, una camarera, un ayuda de cámara y tres personas mas de su familia, se traslada á Francfort.—El ministro de Negocios estrangeros.—Montmorin.»

El conde de Fersen habia calculado perfectamente al dar aquel título estranero á la augusta fugitiva, porque acostumbrado el pueblo al boato que desplegaban los títulos y banqueros alemanes, no era fácil que les chocase el que veian en la familia real, muy inferior á tantos otros de personas de la misma categoría. En efecto, los ilustres viageros no llamaron la atencion pública hasta Montmirail, pequeño pueblo situado entre Meaux y Chalons, en donde fué preciso detenerse una hora para reparar una avería que habia sufrido la berlina, hora que podia ser muy fatal para el monarca, si descubierta su fuga en las Tullerías salian correos en su busca. Apoderóse la consternacion de todas las personas reales al reflexionar en los daños que podian sobrevenirles por esta forzosa detencion, pero muy en breve se tranquilizaron al ver el carruage compuesto, y prosiguieron su marcha, muy agenos de que aquel contratiempo pudiese costar la vida á cuatro personas de las cinco que iban en la berlina.

Tranquilos y llenos de confianza por lo propicia que les iba siendo la suerte, ya por haber efectuado su evasión sin que nadie llegara á traslucirla, ya por la regularidad con que iban encontrando los relevos de caballos, avanzaban rápidamente los viageros é iban aproximándose con alegría á Mr. de Bouillé y á las fieles tropas entre las cuales iban á verse en una completa libertad. Lo hermoso de la estacion contribuia en gran parte

á aumentar el regocijo interior que se iba apoderando de ellos, y su vista se esplayaba al abrazar toda la estension del horizonte, despues de haber estado comprimida tanto tiempo dentro del recinto de su palacio, en donde la mayor parte de los objetos que veian eran ó repugnantes ó propios para causarles terror. Empezaban ya á ensancharse sus corazones y daban á Dios millones de gracias porque habia querido libertarlos de un cautiverio que parecia interminable, atribuyendo este nuevo favor de la Providencia á las fervientes oraciones de aquellos inocentes niños y de su angelical tia madama Isabel.

Bajo tan felices auspicios entraron á las tres y media de la tarde en Chalons, única ciudad de alguna consideracion que tenian que atravesar. Algunos ociosos rodearon los carruages mientras se mudaban los tiros, cuando el rey asomó imprudentemente la cabeza por la portezuela y fué conocido por el dueño de la casa de postas. Este hombre honrado conoció que la vida de su soberano dependia de una mirada que le sorprendiesen ó de cualquier otro ademan que descubriese su admiracion, por lo cual procuró distraer la atencion de aquellas gentes hácia otros objetos, y ayudando él mismo á enganchar los caballos dió prisa á los postillones para que marchasen cuanto antes. Con razon pudo gloriarse este hombre en lo sucesivo de no estar manchado con la sangre de su rey.

Salieron los coches á escape por las puertas de Chalons, y el rey, la reina y madama Isabel esclamaron á la vez: «Nos hemos salvado.» En efecto, pasado aquel punto peligroso, la salvacion del rey era casi segura, y solo con tener un poco de prudencia podia ya contarse libre de todo riesgo. El primer relevo tocaba en Pont-Sommevesle y ya hemos dicho anteriormente que segun lo dispuesto por Mr. de Bouillé debian hallarse en aquel punto cincuenta húsares á las órdenes del duque de Choiseul

seul y de Mr. de Goguelat para proteger al rey en caso necesario, y no habiendo novedad replegarse á su retaguardia. El rey estaba seguro de encontrar allí aquellos leales amigos con sus soldados, pero no halló á nadie, porque todos se habian retirado media hora antes de Pont-Sommevesle. Descubriase cierta agitacion y no poca inquietud en los rostros de las personas que rodeaban los carruages, y oíase un siniestro murmullo en aquella reunion, cuyas miradas indicaban claramente las sospechas que les infundian los viageros. Nadie se atrevió, sin embargo, á oponerse á su marcha, y á las siete y media de la tarde entraba el rey en Saint-Menehould, hora en que todavía falta mucho para anochecer en aquella estacion. Inquieto S. M. por no haber encontrado en dos paradas seguidas la convenida escolta, acercó la cabeza á la portezuela, buscando entre la multitud alguna mirada de inteligencia y confiando en dar con algun oficial que le esplicase la causa que motivaba la ansiedad y zozobra de que estaba poseido su corazon. Este movimiento le perdió, porque el jóven Drouet, hijo del maestro de postas, le reconoció á pesar de no haberle visto jamás, por la gran semejanza que existia entre su semblante y el busto de las monedas.

Este malvado jóven no se atrevió, sin embargo, á detener los carruages, tanto porque se hallaba solo, ó al menos no queria compañeros en esta empresa, cuanto porque los tiros estaban ya enganchados, montados los postillones, y sobre todo, ocupado el pueblo por un escuadron de dragones que podia haber franqueado el paso á viva fuerza.

## XIII.

El oficial comandante del destacamento de dragones se paseaba por la plaza, espiando el momento de la lle-

gada de los carruages, que reconoció en cuanto los vió por las señas que de ellos tenia. Asi es que en seguida trató de hacer montar su gente á caballo para seguir al rey, pero esta resolucion un tanto tardia fué enteramente inútil, porque alarmados los guardias nacionales por los rumores que circulaban ya por el pueblo, con respecto á la semejanza de uno de aquellos viageros con Luis XVI, habian rodeado el cuartel y cerrado las puertas de las cuadras para impedir la marcha de los dragones. Mientras se efectuaba este movimiento rápido é instintivo del pueblo, ensillaba Drouet el mejor caballo que tenia y salia á todo escape en direccion á Varennes para llegar allí mucho antes que los coches y poder dar parte á la municipalidad de lo que habia notado, alarmar á los patriotas y proceder en seguida á arrestar al monarca, que ignorante de lo que pasaba, seguia su marcha en la misma direccion, corriendo tras de su inevitable destino.

Drouet no tenia la menor duda en que llegaría á Varennes mucho antes que el rey, que precisado á seguir el camino real, tenia que dar un gran rodeo en tanto que el otro tenia uno de herradura, que le hacia atajar cuatro leguas. Sin embargo, por un capricho de la suerte tambien corria la muerte en pos de Drouet que estaba tan ignorante del peligro que le amenazaba, como ageno se hallaba Luis XVI de que dentro de muy poco no habria ya para él, ninguna esperanza de salvacion.

Un sargento de dragones habia logrado montar á caballo y burlar la vigilancia del pueblo. Instruido por el comandante de la partida precipitada de Drouet, y no ocultándosele cuál podria ser su objeto, salió en su persecucion á todo escape seguro de alcanzarle y resuelto á matarlo. Seguíale en efecto sin perderle de vista, pero siempre á cierta distancia por no infundir sospechas, aunque ganando insensiblemente terreno, hasta dar con un sitio en donde pudiese ejecutar á mansalva lo que

meditaba. Drouet habia vuelto muchas veces la cabeza por ver si alguien iba tras de él, y al descubrir aquel gineete que siempre iba siguiéndole la pista, comprendió cual podia ser su intencion. Drouet era hijo del pais y por consiguiente conocia perfectamente todas las sendas, atajos y demas caminos de travesia, asi es, que al llegar á uno que no estaba muy distante, torció de direccion y muy pronto se internó en un bosque dejando burlado al dragon, que ya no volvió á verle mas. De este modo y prosiguiendo su carrera á rienda suelta, llegó á Varennes en el tiempo que habia calculado.

El rey fué reconocido en Clermont por el conde Carlos de Damas que le aguardaba allí á caballo con dos escuadrones de dragones para marchar detrás de él; pero la municipalidad dominada por vagos terrores, sin poner obstáculo á la marcha de los carruages del rey, mandó á los dragones que no se moviesen á pesar de la orden que para ello tenian de su gefe. El cuerpo popular fué obedecido por la tropa, y el conde de Damas abandonado de sus soldados, logró escaparse acompañado de un sargento y dos dragones, y los cuatro pusieron sus caballos al galope siguiendo al rey á alguna distancia. ¡Socorro débil y muy tardío ya!

Encerrada la familia real en su berlina la eran desconocidos todos estos incidentes y llegaba á Varennes á las once y media de la noche sin haber hallado el menor obstáculo en el camino. Todo estaba desierto y silencioso en el pueblo y sus vecinos dormian tranquilamente, ó al menos aparentaban hacerlo. El lector no habrá olvidado que este pueblecillo estaba separado de la linea de postas de Chalons á Montmedy, por cuya razon no podia el rey encontrar allí relevo de caballos. Tampoco habrá olvidado quizá, que para obviar este inconveniente habia resuelto Mr. de Bouillé que los caballos del duque de Choiseul estuviesen en un sitio determinado del lugar, para engancharlos á los carruages y lle-

gar con ellos hasta el Stenay en donde Mr. de Bouillé aguardaría al rey. Hemos visto igualmente que en virtud de las instrucciones de este general, el duque de Choiseul y Mr. de Goguelat debian haber aguardado al rey en Pont-Sommevesle á la cabeza de cincuenta húsares para escoltarle despues, pero ni le habian aguardado ni habian podido seguirle como es consiguiente. De esta falta y de haberse dirigido á Varennes desde Pont-Sommevesle por el camino mas largo, por evitar el paso por Saint-Menehould, resultó que estos dos oficiales no pudieron llegar á Varennes sino una hora despues que la familia real. La única razon que puede justificar el gran rodeo que tuvieron que hacer por no haber seguido su marcha por el camino real, es la alarma que habia producido su presencia en Saint-Menehould el dia anterior. Los coches del rey se hallaban detenidos entre tanto á la entrada de Varennes.

Atónito y sorprendido el rey de no ver llegar á Monsieur de Choiseul y á Mr. de Goguelat á la cabeza de la prometida escolta, y no menos admirado de que tampoco llegasen los caballos que habian de engancharse á los coches, aguardaba con impaciencia oír el chasquido de algun latigo, que le anunciase la proximidad de los postillones, pero aguardaba en vano, porque á pesar de haberse apeado los guardias de corps y de haber andado de puerta en puerta, inquiriendo en donde podrian estar los anhelados caballos, nadie pudo darles una respuesta satisfactoria.

#### XIV.

La poblacion de Varennes se divide en alta y baja, separadas una de otra por un puente. Mr. de Goguelat habia colocado los tiros de relevo en la parte baja, al

otro lado del puente, medida acertada, porque de este modo los atravesaban los coches con los caballos que traian desde Clermont, y porque en caso de una conmocion popular se engancharan en un momento los que estaban descansados y se les ponía desde luego á todo escape, con lo cual era muy dificil que los alcanzasen. La gran falta estuvo en no advertir al rey esta determinacion. Llenos de una inquietud imposible de describir se apearon del coche el rey y la reina y anduvieron errantes por las desiertas y silenciosas calles del barrio alto, buscando con la vista el sitio en que podrian estar los caballos, y llamando en todas las casas donde veian luz, para adquirir noticias de lo que tanto deseaban; pero nadie entendia lo que querian decir. Al ver el ningun fruto de sus diligencias vuelven desanimados á recobrar los coches y alli hallan á los postillones jurando y amenazando con que van á desenganchar y á marcharse. El oro y las promesas deciden por fin á estos hombres soces, á montar á caballo y á seguir adelante. Arrancan los coches de nuevo, y los viageros se tranquilizan, y cuentan hallarse dentro de breves minutos en el campamento de Mr. de Bouillé. Atraviesan sin obstáculo el barrio alto, cuyas casas todas cerradas, reposan en la calma mas engañosa: solo algunos pocos hombres están despiertos y estos se hallan ocultos y guardan el mas profundo silencio.

Elévase una torre en la cabeza del puente, que separa el barrio alto del bajo, torre feudal, colocada sobre una sombría bóveda por donde los coches tienen forzosamente que ir al paso, y en donde el mas insignificante obstáculo es suficiente á detener su marcha. Reliquia del feudalismo, y lazo siniestro, en donde la nobleza prendia en otros tiempos á los pueblos; esta torre estaba destinada á que el pueblo preparase en ella una emboscada, en que cayese toda una familia de reyes. Apenas han penetrado los coches en aquella oscuridad, cuando espantados

los caballos á la vista de una carreta, y de otros objetos que les impedían el paso, se detienen, y en el mismo instante cinco ó seis hombres armados, salen de entre aquellas densas tinieblas, se abalanzan á cojer los caballos por las bridas, asaltan las portezuelas del coche, é intiman á los viajeros que se apeen, y que vayan con ellos á la municipalidad á dar cuenta de sus personas.

Drouet era el que capitaneaba á aquellos hombres, y el que se atrevía á mandar con tanto imperio á su soberano. Este jóven, quizá mas fanático que malvado, apenas llegado al pueblo, fué á despertar á otros patriotas de su misma edad, á los que contó azorado todavía, los recelos que había concebido, procurando avivar en sus pechos la misma agitacion de que estaba tan fuertemente dominado en aquel momento. Inciertos sin embargo estos jóvenes de la realidad de semejantes sospechas, ó queriendo reservar para sí la *gloria* de prender por sus manos al rey de Francia, no habian dado conocimiento á la municipalidad de lo que meditaban, ni trataron de alarmar al pueblo. En el febril delirio de su exaltacion patriótica, creían que ellos solos constituían la Francia.

A esta súbita aparición, al oír los gritos de aquellos jóvenes frenéticos y al reparar en el opaco resplandor que arrojan sus sables y bayonetas, los guardias de corps echan mano de las armas que llevaban prevenidas, y dirijen una mirada al rey, consultando lo que deben hacer; pero S. M. les prohíbe terminantemente que usen de ellas para abrirse paso. Entonces dan la vuelta los carruages, y escoltados por Drouet y sus camaradas, se dirijen á casa de un especiero llamado Sausse, síndico procurador del cantón de Varennes. Allí hacen apearse á los ilustres viajeros para examinar sus pasaportes y averiguar si son fundadas ó no las concebidas sospechas. Al mismo tiempo Drouet y sus asociados recorren las calles del pueblo, llaman á los puestos, se apoderan del campanario y empiezan á tocar á rebato. Asustados los

vecinos al oír este toque, saltan del lecho sobresaltados; los guardias nacionales del pueblo y de las inmediaciones se arman con velocidad, y van acudiendo uno tras otro á la puerta de Mr. Sausse, en tanto que otros vuelan al cuartel para sobornar la tropa ó desarmarla.

Inútil es que el rey niegue en un principio su alta categoría: sus facciones y las de la reina no permiten dudar de la identidad de sus personas, y en este conflicto, el rey se decide á tentar la vía de la persuasion, por ver si de este modo puede lograr la apetecida libertad. Descúbrense entonces al síndico y demas individuos de la municipalidad, y cojiendo las manos de Mr. Sausse dirige á todos las siguientes palabras:

«En efecto, yo soy vuestro soberano, y confío á vuestra fidelidad la suerte de mi esposa, la de mi hermana, y la de mis hijos. Nuestras vidas, los destinos del país, la paz interior y la salvacion de las nuevas instituciones, todo está en vuestras manos. ¡Dejadme marchar! No creais que trato de emigrar á país extranjero. No: nunca he pensado en salir de Francia. Iba á presentarme en medio de una parte de mi ejército, y á establecerme en una ciudad fronteriza con el doble objeto de recobrar una libertad de que los facciosos me han despojado en París, y al mismo tiempo para tratar desde allí con la Asamblea, dominada como yo, por el terror del populacho. No es mi ánimo abolir la Constitución; al contrario, quiero consolidarla. Si persistis en detenerme, ¡ay de ella!... ¡ay de mí!... ¡ay de la Francia!... ¡A vosotros me dirijo como hombre, como esposo, y como ciudadano!... No os opongais á mi marcha, y dentro de una hora la Francia y nosotros nos habremos salvado. ¡Hasta ahora, no he hecho mas que suplicaros, pero si aun conservais en vuestros corazones esa fidelidad que revelan vuestras palabras hácia el que un día fué vuestro dueño, os mando como rey que me franqueeis el paso!



Enternecidos aquellos hombres y respetuosos en medio de la violencia que estaban ejerciendo, titubeaban y parecían vencidos por las enérgicas palabras que acababan de oír de boca del monarca. Sus rostros por donde corrían abundantes lágrimas daban indicios de la lucha interior que estaban sufriendo entre acceder á esa compasión que infunde naturalmente un cambio tan repentino de la suerte, ó cumplir con su conciencia como patriotas.

El espectáculo de un rey en actitud suplicante que les estrecha las manos, el de una reina alternativamente magestuosa y abatida, que arrodillada trata de arrancar el apetecido si de las bocas de aquellos hombres, ya por medio de las súplicas, ya apostrofándolos en un acceso de desesperación, todo esto les confunde y les trastorna. Gustosos accederían si no escuchasen sino la voz de su conciencia; pero temen que los juzgue el pueblo demasiado indulgente y que les pida cuenta de su rey temiendo igualmente que la nación se la pida de su jefe. El egoísmo endurece aquellos corazones. La muger de Mr. Sausse á quien su marido consulta con una mirada, y en cuyo corazón juzga la reina hallar fácil acceso, permanece insensible. Sentada la reina encima de los fardos de que está llena la tienda, teniendo sus hijos sentados sobre las rodillas, llama la atención de la esposa de Sausse hácia estos interesantes niños diciéndola: «Señora, también vos sois muger y madre; la suerte de otra muger y de otra madre infortunada, se halla en vuestras manos; considerad lo que debo sufrir en este momento, ¡por mi marido y por mis hijos! ¡vos podéis devolvérmelos, y la reina de Francia os deberá el trono y la vida!» «Señora, responde secamente aquella muger con el

frio cálculo del egoísmo: quisiera seros útil, pero así como vos pensais en la suerte del rey, yo debo pensar en la de mi marido!» ¡Inútil es buscar compasión en otra parte, cuando no se halla en el corazón de una muger!

Indignada la reina, se retira con sus hijos y con madama Isabel á un cuartito que había encima de la tienda, y al verse sola prorrumpe en amargo llanto. Rodeado el rey de los guardias nacionales permanece en la tienda, desesperando de poder convencerlos, sube y baja continuamente la miserable escalera de madera de aquella modesta habitación, yendo alternativamente á consolar á la reina, á su hermana y á sus hijos. Lo que no ha podido obtener escitando la compasión, espera alcanzarlo del tiempo y de la fuerza, sin poder llegar á convencerse de que aquellos hombres que tanto respeto y tanta sensibilidad manifiestan, persistan en detenerle hasta recibir órdenes de la Asamblea. Confía sobre todo, en que se verá libre por las fuerzas que manda Mr. Bouillé, que sabe se halla allí detenido y que vendrá indudablemente á libertarle, antes que vuelvan los correos que se han despachado á París noticiando la detención del monarca. Lo único que le admira es, que tarde tanto en llegar el socorro. ¡La noche corre sin embargo con velocidad, y el ansiado socorro no viene!

El oficial que mandaba los húsares apostados en Varennes, no estaba iniciado en el secreto. Solo se le había dicho que tenía que escoltar un convoy de dinero que pasaría por allí. Al coche del rey no le había precedido ningún correo, ni tampoco se le había prevenido de Saint-Menehould que tuviese dispuesta su tropa. Mr. de Goguelat, que debía haberse hallado en Varennes antes

que el rey, para comunicarle las órdenes secretas relativas á la mision que iba á desempeñar, no habia comparcido, de suerte, que aquel pobre oficial estaba entregado á sus propias inspiraciones.

Otros dos oficiales á quienes Mr. de Bouillé habia confiado todo el plan, se hallaban tambien en el pueblo y estaban alojados en la parte baja, en la misma casa en que se habian colocado los caballos de Mr. de Choiseul, que habian de servir para el coche del rey. Estos oficiales ignoraban completamente lo que pasaba en la parte alta, y tampoco tenian ningun soldado á sus órdenes, asi es, que aguardaban tranquilamente la llegada de Mr. de Goguelat, cuando el toque de rebato les hizo saltar del lecho azorados, y sin saber á qué atribuirlo.

Entretanto Mr. de Choiseul y Mr. de Goguelat galopaban seguidos de sus húsares en direccion de Varennes. El conde de Damas y sus tres fieles dragones que á duras penas habian podido escaparse de Clermont sin ser vistos, se reunieron con ellos en el camino. Este puñado de valientes llegó á las puertas de Varennes, tres cuartos de hora despues del arresto del rey. En la puerta fueron detenidos y reconocidos por los guardias nacionales que les hicieron echar pie á tierra antes de franquearles la entrada. Mr. Choiseul y sus dos compañeros pidieron que se les dejase hablar con S. M. En esto no hubo dificultad, pero el rey les prohibió terminantemente que usasen de la fuerza, porque esperaba de un momento á otro la llegada de Mr. de Bouillé con el grueso de las tropas fieles. Sin embargo, Mr. de Goguelat sale impaciente de la casa y viendo á los húsares en la plaza, mezclados con las gentes del pueblo, quiere probar su fidelidad, y dirigiéndose á ellos, les dice imprudentemente: «Húsares, ¿estais por la nacion ó por el rey?—; Viva la nacion! responden los soldados, nosotros siempre estaremos por ella.» El pueblo aplaude, aplaude al oír esta respuesta, y un sargento de la guardia nacional toma el

mando de los húsares. Escápase entonces el comandante, va á reunirse con los otros dos oficiales, de que hemos hablado anteriormente, y los tres salen del pueblo en direccion de Dun, para avisar á su general de lo que está pasando.

El pueblo habia hecho fuego á estos dos oficiales cuando, al saber la detencion de los coches, habian tratado de incorporarse con el rey. Toda la noche se habia pasado en los acontecimientos que hemos referido, y los guardias nacionales de las inmediaciones iban llegando á Varennes. Levantábanse barricadas entre las dos partes en que se dividia el pueblo, y la municipalidad enviaba aviso á las de Metz y Verdun para que mandasen tropas y artillería que poder oponer á cualquier tentativa por parte de Mr. Bouillé, que advertido de todo volaba en auxilio del monarca.

Entretanto toda la familia real sin desnudarse se entregaba al descanso, martirizada por el continuo ruido que formaba un pueblo inquieto, y que iba aumentando-se por momentos debajo de sus ventanas. En tal estado se hallaban las cosas en Varennes á las siete de la mañana. La reina no pudo conciliar el sueño. Subleváronse todas sus pasiones de muger, de madre y de reina, y fué tal el ataque interior que en su alma produjeron la indignacion, la desesperacion y el terror, que sus cabellos rubios el dia anterior, aparecieron enteramente canos al siguiente.

## XVII.

Nada se habia traslucido en París de la fuga del rey, y Mr. de La Fayette que habia ido dos veces á las Tuñlerias para asegurarse por sí mismo del exacto cumplimiento de sus órdenes, se habia vuelto á su casa á media noche muy ageno de que se le hubiese escapado su

presa. Hasta las siete de la mañana del 21, en que los criados entraron en los cuartos de las personas reales, que hallaron vacíos y las camas sin tocar, no se esparció el terror entre la guardia de palacio. Véase que los fugitivos llevaban diez horas de ventaja á los que fuesen en su persecucion, y esta idea unida á la de que podrian llevar gentes que los custodiasen aterrorizaba á sus carceleros.

Paris empezaba á conmoverse, y hasta en los arrabales se sabia ya el funesto acontecimiento. Los ciudadanos se daban los buenos dias con estas siniestras palabras: «¡El rey se ha escapado!» Al principio nadie queria creerlo, aunque todos se dirigian en tropel á las Tullerías para asegurarse del hecho, y para prorumpir en invectivas contra los traidores. El nombre de Mr. de La Fayette corria de boca en boca, maldecido por el pueblo. ¿Es estúpido ó cómplice? se decian los unos á los otros: ¿Cómo pueden haberse fugado tantas personas, á no haber connivencia por parte del que debia impedir su fuga? Entretanto el pueblo amotinado forzaba las puertas del régio alcazar y recorria los suntuosos salones, que jamás se habia figurado pisar, vengándose en los objetos inanimados, del largo respeto que le habia infundido hasta entonces aquella mansion. Pasaba en un momento del terror á la risa, y ya descolgaba un retrato del rey y lo ponía á la puerta de palacio, como si estuviese de venta, ya se apoderaba del lecho de la reina, como hizo una revendedora de cerezas que estableció allí su puesto diciendo: «Hoy toca á la nacion colocarse con toda comodidad.» Trataron de poner á una jóven un gorro de la reina, pero lo pateó con desprecio é indignacion, creyendo que era una afrenta para ella el colocar sobre su cabeza aquel prendido. Solo respetó el pueblo el gabinete del delín, enternecido á vista de los libros, mapas y demas instrumentos que servian á darle una esmerada educacion. Las calles y plazas públicas estaban cubier-

tas de un gentío inmenso, los guardias nacionales se iban reuniendo precipitadamente al toque de generala, y el cañonazo de alarma se oía de minuto en minuto. Volvian á aparecer los hombres de las picas y de los gorros de lana, corriendo en todas direcciones. El cervicero Santerre, agitador perpétuo de los arrabales, conducía el solo dos mil hombres armados de este modo; la cólera del pueblo empezaba á ser mayor que el terror que le habia dominado en un principio, y le hacia prorumpir en cínicas palabras, y ejecutar millares de insultos contra la dignidad real. En la plaza de Greve mutiló el busto de Luis XVI, colocado bajo la fatal linterna que habia servido de instrumento á los primeros crímenes de la revolucion. ¿Cuándo concluiremos de una vez, exclamaban aquellos frenéticos demagogos, con estos reyes de mármol y de bronce, monumentos vergonzosos de la esclavitud? En las estamperías se apoderaba el pueblo de todos los retratos del rey y los hacia pedazos, ó pintaba una venda sobre sus ojos. En las muestras de los artesanos de palacio, se borraban los nombres de los príncipes. Al nombre de palacio real, se sustituía el de palacio de Orleans, y en los clubs reunidos precipitadamente, se oían declamaciones furiosas. El de los franciscanos declaraba que la Asamblea nacional habia entregado la Francia á la esclavitud, proclamando hereditario el derecho de sucesion á la corona, y pedia la destitucion del rey y que el reino se constituyese en república. Danton le inspiraba su audacia y Marat su demencia. Los mas absurdos rumores circulaban entre aquellos hombres, desvaneciéndose inmediatamente. Los unos decian que el rey se habia dirigido á Metz y los otros aseguraban que se habia escapado por un albañal de palacio. Camilo Desmoulins, escitaba la alegría del pueblo como la forma mas insultante de su desprecio; y al mismo tiempo se fijaban carteles en las paredes de las Tullerías, prometiendo un módico hallazgo al que presentase los animales dañinos é

inmundos que se habian escapado de aquella casa. Otra porcion de oradores improvisados, subidos encima de sillas, hacian al aire libre y en medio del jardin, las mociones mas estravagantes.

«Pueblo, (decian) seria una lástima que nos volvieran á traer á ese rey pérfido. ¿Qué haríamos de él? vendria como Tersito á derramar lágrimas grasientas delante de nosotros, y no podríamos menos de entermecernos. Si acaso vuelve, pido que sea espuesto por tres dias á la irrision pública, con un pañuelo encarnado en la cabeza, y que se le conduzca en seguida de justicia en justicia, hasta la frontera, y que allí, se le eche del reino á puntapiés.» Freron hacia repartir con profusion sus hojas volantes en las que se leia: «¡Ya ha partido ese rey imbecil y perjuro! Ya no está entre nosotros esa reina malvada que á la lubricidad de Mesalina, reune la sed de sangre de los Médicis! ¡Muger execrable, furia que vomitó el averno para la perdicion de la Francia; tu eras el alma del complot!» El pueblo repetia estas palabras, que alimentaban su odio á la monarquía y le inspiraban las mas terribles ideas.

## XVIII.

Hasta las diez de la mañana, en que tres cañonazos anunciaron al pueblo lo que habia sucedido por la noche, nada sabia éste oficialmente. A estas horas estaba ya reunida la Asamblea en la que el presidente anunció que Mr. de Bailly, corregidor de Paris, le habia dado parte de que el rey y su familia habian sido *sustraidos* de las Tullerías aquella noche por los enemigos de la causa pública. Instruida ya la Asamblea individualmente de aquella novedad, escuchó esta comunicacion con el mas imponente silencio. Parecia que en este momento

solemne la gravedad del peligro la comunicaba una magestuosa calma, y que la sabiduria de una nacion tan grande se habia reunido toda en sus representantes. Un solo pensamiento domina en todas sus palabras y en todos sus actos. Su único objeto es defender la Constitucion y aun al mismo rey constitucional, á pesar de lo que acaba de suceder. En este concepto se apodera inmediatamente de la regencia del reino, y constituyéndose por si misma en poder ejecutivo, manda á los ministros que despachen correos en todas direcciones, con órden de arrestar á cualquier individuo que quiera salir del reino; que se visiten los arsenales y las fabricas de armas, y que todos los generales salgan inmediatamente á ocupar sus puestos, asi como que se guarden escrupulosamente todas las fronteras. Estas proposiciones se decretan y ponen en ejecucion con una velocidad mágica. Ya no hay lado derecho, ni centro, ni lado izquierdo; y todos se reunen para hacer frente al peligro que á todos amenaza. En este instante vienen á anunciar á la Asamblea que Mr. de Romeuf, uno de los ayudantes de campo de Mr. de La Fayette, enviado por éste bajo su propia responsabilidad, y sin tomar las órdenes de la Asamblea para detener al rey, se halla en manos del pueblo, que acusa al general y á todo su estado mayor de traicion. Inmediatamente envia la Asamblea unos comisionados de su seno para protegerle, y el oficial entra en el congreso y esplica el objeto de su mision. Entonces la Asamblea confirma la órden dada por el general, y el ayudante vuelve á partir inmediatamente. Barnave que ve en la ira del pueblo contra La Fayette otro nuevo peligro, aunque enemigo político del general, sube á la tribuna y le defiende generosamente y con grande habilidad contra las sospechas de aquel pueblo, próximo á abandonarle. Es fama que hacia algunos dias que los Lameth y Barnave, habian conocido como Mirabeau la necesidad en que se hallaban de ponerse de acuerdo se-